

EL AMIGO DEL POBRE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Con censura Eclesiástica

“Este precepto os doy: que os améis los unos á los otros como yo os he amado.”

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS.)

Las Siete Palabras

Introducción.

El último sermón de Jesucristo en su vida mortal lo pronunció desde la cátedra de la santa Cruz; y compuso tan divino sermón con siete sentencias profundísimas, ó, como decimos comúnmente, *las siete palabras*, para cuyo estudio y meditación siempre será corto todo el curso de nuestra vida, aunque ésta fuese muy dilatada.

Cómo se aprovecharon los Santos y los buenos cristianos de tan preciosísimos documentos, podemos rastrearlo de lejos con la lectura de los siguientes ejemplos edificantes entresacados de los infinitos que pudiéramos, nó espigar, sino cosechar con abundancia y á montones en las páginas admirables de la *Leyenda de Oro*, en el espacioso campo de la Iglesia, en la riquísima y fértil heredad de Jesucristo.

I.

Padre: perdónalos, porque no saben lo que hacen.

«Grave cargo (dice el cardenal Belarmino), grave cargo se ha de hacer de tan ilustre ejemplo á los mortales el día del juicio, y rigurosa sentencia fulmina contra sí quien á vista de tan señalada caridad, no la tiene para perdonar pequeñas ofensas á sus enemigos.»

A San Engelberto, arzobispo de Colonia, caminando por despoblado acometieron y mataron atrocemente sus enemigos; y en medio de sus heridas, no dándole la prisa de los homicidas lugar para mover la lengua, habló con el corazón, que siempre tenía fijo en Dios, y como fiel discípulo de Cristo, repitió la lección que leyó en su Cruz, diciendo: *Padre, perdónalos.* Y á la misma sazón fué revelado á una persona pia que fué tan grata esta oración á Dios, hecha en aquel trance tan semejante al de Cristo, que de las mismas manos de los homicidas fué llevada su dichosa alma, en palmas de los Angeles al cielo, con solemnisimo triunfo; y no solo glorificada como los otros bienaventurados, sino colocada en el coro de los Mártires, coronada como ellos con el laurel y palma del martirio, por la paciencia invencible con que sufrió la muerte atrozísima que le dieron, y por la caridad ardiente con que perdonó y oró por sus enemigos.

Este premio le dió el Señor en la otra vida; y porque no quedase en ésta sin el debido á su santidad, le honró con muchos y grandes milagros, y con suma veneración de todo el pueblo; que quien sigue las pisadas y ejemplos de Cristo, merece ser su consorte, en esta vida de su honra, y en la otra de su corona.

II.

En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

El 30 de Abril de 1893 relataba la *Semana Católica* de Madrid el siguiente sucedido:

Según referencia de la Superiora de un monasterio de Salesas en los Estados Unidos, consignamos el siguiente suceso ocurrido recientemente en Nueva York.

Un joven de mala vida y libertinas costumbres fué condenado por los tribunales, con motivo de sus fechorías, á dos años de cárcel. El mismo día en que cumplió la condena y quedó libre, fué herido mortalmente en una pendencia que tuvo con otros de su calaña.

Los agentes de policía le transportaron al miserable casucho de su madre, donde ni cama pudo darle ésta.

Le colocaron en el suelo, donde, á pesar de la sangre que vertía, conservaba su fisonomía la expresión terrible de la cólera y la ferocidad. Su pobre madre, muy buena cristiana, le dijo sin más preámbulos:

—Muy malo estás; te mueres, y ya es tiempo de que pienses en tu alma.

Injurias é imprecaciones obtuvo por única respuesta; y aún aquel desgraciado quiso con una mano que le quedaba libre probar á lanzar contra su madre los objetos que tenía á su alcance.

Comprendiendo la pobre irlandesa que sólo Dios podía convertir á semejante monstruo, miró á una estampa del Sagrado Corazón que tenía al pie de la cama, y corrió á la iglesia á oír Misa. La única oración que pudo articular fué la siguiente:

—Señor: en vuestro reino acordaos de mi hijo, y no le dejéis perecer para siempre.

Y regresó á su casa la madre después de haber repetido muchísimas veces la oración del Buen Ladrón.

¡Cuál no fué su sorpresa al contemplar la fisonomía tranquila y celestial de su hijo, que parecía un ángel!

—Madre mía, la dijo (por primera vez pronunciaba su desnaturalizado corazón esta dulcísima palabra), madre mía, la dijo, mostrándola el Sagrado Corazón, se me ha aparecido y me ha dicho: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.*

Tan súbita transformación excluía toda duda... Pocos momentos después un sacerdote oía la confesión del moribundo, y tanto se conmovió, que llorando fué á buscar el Santo Viático, y dijo á la madre:

—Jamás he oído otra confesión semejante. Su hijo de V. estaba en éstaxis de contrición y ternura.

El padre del moribundo llegó á la casa. Casi siempre que el padre y el hijo se veían, concluían por pegarse. La mujer le previno prudentemente que el hijo estaba mortalmente herido. El padre se aproximó á él, y quedó dominado por la expresión angélica y la mansedumbre con que su

hijo, enseñándole el Sagrado Corazón, le dijo:

—Se me ha aparecido y me ha dicho: *Hoy estarás conmigo en el paraíso.* Ruéguele V., y le salvará.

Y el padre comenzó á orar y á sentir pesadumbre por su vida criminal. Su hijo murió como predestinado, y él vivió después como buen cristiano, sosteniendo á su familia con su trabajo, y siendo modelo de buena conducta para sus vecinos.

En cuanto á su mujer, era de tal temple su fé, que cuando se manifestaba admiración por este milagro, respondía como asombrada del asombro de los demás:

—Pues bien sencillo es: prometió el cielo á mi hijo.

¡Gloria sea dada ahora y siempre al Corazón de Jesucristo, y gloria también al Buen Ladrón, que nos legó una oración tan fervorosa!

III.

Abriendo el Señor los ojos, enclavólos en los de su Madre, y señalando con la cabeza al Evangelista y discípulo amado, la habló desde la cruz y la dijo: *Mujer, he ahí á tu hijo.* Y vuelto al discípulo y señalando á su Madre, le dijo: *He ahí á tu Madre.*

Cuenta el sabio P. Ventura Ráulica en la hermosa y edificante biografía de Virginia Bruni (viuda romana fallecida en el año de 1840), que esta señora se afanaba en inspirar á sus hijos devoción, confianza y amor filial á la Santísima Virgen. A imitación de la piadosa madre del patriarca del clero regular San Cayetano, Virginia se consideraba como simple nodriza de sus propios hijos.

—Madre (decía á la Virgen), Vos sois su Madre y debéis serlo.

Y repetía muchas veces al oído de sus hijos:

—Sabed que vuestra verdadera Madre María Santísima está en el paraíso, y que yo solamente ocupó en la tierra su puesto á vuestro lado.

Todos los días, en presencia también de los niños y en alta voz, imploraba la protección de esta divina Madre, encomendándola aquellos hijos como cosa de la misma Virgen, y poniéndolos bajo su amparo y protección. Muchas veces, finalmente, durante el día les daba este recado:

—Id un instante á la capilla á saludar á la Virgen, vuestra Madre; decidla que sois sus hijos, porque ya sabéis que lo sois.

¡Bendito mil veces aquel hogar y bendito el oratorio que tan edificantes escenas de familia contemplaba!

Cuenta Santa Teresa de Jesús en el primer capítulo de su vida, que cuando comenzó á entender la que había perdido perdiendo á su querida madre, se fué afligida ante una imagen de la Santísima Vir-

gen, y con lágrimas la pidió que fuese desde entonces Madre suya; piadoso rasgo de amor á María Santísima que haría sonreír á los Angeles del cielo.

Pero bien recompensó la Santísima Virgen semejante demostración de tan filial cariño. «Paréceme (termina diciendo la Santa con encantadora sencillez), paréceme que, aunque esto se hizo con simpleza, me ha valido, porque conocidamente he hallado á esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado á Ella.»

Leed, padres, leed y meditaad estos ejemplos, é imitadlos en vida y en vuestro testamento y en las palabras que pronunciéis en el lecho de vuestra muerte. Leed sobre todo en el libro abierto de la santa cruz; é imitando á nuestro divino Redentor, legad á vuestros hijos en vida y en muerte, y en las conversaciones que con ellos mantengáis, y en las cartas que les mandéis, y en el testamento que pensando en ellos escribáis, legadles como la más rica y postrera manda la devoción á María Santísima, que es señal de predestinación para todos los cristianos.

IV.

Y á la hora de nona clamó Jesús con grande voz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Dice, comentando esta palabra, el ya citado cardenal Belarmino:

«No se quejó Jesucristo de los judíos que le acusaron, ni de Pilatos que le sentenció, ni de los verdugos que le crucificaron; no gimió, ni clamó, ni hizo otra demostración de sentimiento en todo el discurso de su Pasión. Mas para que nadie juzgase por estas muestras de paciencia que nuestro Redentor era insensible, al remate de su vida y en tiempo muy oportuno dió aquella voz tan grande, ostentando con ella el sentimiento que padecía en sus dolores, para que supiésemos que le tenía, y juntamente conociésemos la deuda en que le estamos, pues á costa de tan sentidos tormentos nos compró la Redención. Y así aquellas palabras que dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* no son de quien acusa, ni palabras de indignación ó queja de otro, sino declaración de la grandeza de su dolor en la Pasión... Y la primera consideración que se ofrece á los ojos del entendimiento es, que Cristo quiso agotar el cáliz de su Pasión bebiéndolo todo cumplidísimamente para hacer más copiosa su redención, y ponernos en mayor empeño de servirle y padecer por su amor.»

¡Bien se aprovecharon los Santos de tan divina enseñanza!

Así se explica que la seráfica Madre Santa Teresa de Jesús dijera: *O padecer, ó morir*. Así se explica que el extático San Juan de la Cruz, preguntado por el mismo Jesucristo qué recompensa deseaba, exclamara: *Señor, padecer y ser despreciado por Vos. Domine, contemni et pati pro Te*. Así se explica que Santa Magdalena de Pazzi dijera: *Padecer y no morir*; y que San Francisco Javier dijera: *No me libréis, Señor, de esta cruz á no darme otra mayor*; y cuando el Señor le regalaba, decía: *Basta, Señor, basta*; y cuando le afligía, exclamaba: *Más, Dios mío, más*.

«Para esto hemos sido llamados por Jesucristo, decía el apóstol San Pedro, para sufrir como El, para abrazarnos con la cruz, para seguir su ejemplo y ser copias fieles de su adorable persona.»

V.

¡Tengo sed!

«¿Qué es esto, Salvador mío, dice el P. La Palma? ¿Por ventura os da más pena

la sed que no la cruz, pues no quejándoos de la cruz, os quejáis de la sed? ¿Qué sed puede ser esta que os fatiga tanto sino el deseo de nuestra salud y de nuestro remedio?»

Sed natural tenía el Señor por tener ya en aquella sazón secas las entrañas, extenuado todo su Cuerpo y pegada la lengua al paladar; pero más principalmente tenía aquella sed de que hablaba cuando decía: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia*.

De esta misma sed participaba el apóstol de los niños, Don Bosco, cuyo lema y cuya apostólica empresa se cifraba en estas palabras: *Da mihi animas; cætera tolle*: «Dadme almas que convertir; lo demás nada me importa.»

Y casi las mismas palabras se exhalaban ardientemente de los moribundos labios de la fundadora de la *Obra de la Propagación de la Fe*, la celosísima Paulina Jaricot, la cual en la antevíspera de su muerte (1862), tendiendo las manos al cielo y derramando lágrimas exclamó á voces: *¡Almas, almas, Dios mío! Dadme almas. Tengo sed de su salvación*.

Del insigne Luis Veuillot cuenta el Padre Ramière que solo tenía un deseo, el triunfo de la Iglesia; un amor, el amor de la Iglesia; una regla, el espíritu de la Iglesia; una ambición, el servir á la Iglesia. Verdaderamente tenía hambre y sed de la gloria de Dios y de la Iglesia. *Zelus domus tuæ comedit me*.

Viéndose privado injustamente (prosi-gue diciendo el P. Ramière) viéndose privado injustamente de publicar su periódico, espada de dos filos con que á la Iglesia defendía como invencible atleta, y contando, andando el tiempo, este episodio á Mr. d'Ideville, escribía estas ardientes palabras:

«Mi situación era terrible: ocurría esto en un tiempo en que se dirigían contra la Religión las más arbitrarias medidas, cuando los La Vallette y los Nigra se reían á carcajadas, aplaudían frenéticamente y festejaban á los moradores del Palais-Royal, injuriando al verdadero Dios. Yo tenía que contemplar estos ultrajes, permanecer mudo, impasible, con la mordaza en la boca, sin poder defenderme ni resistir. Figuraos á un hombre encerrado en una prisión de hierro, y que ve que le arrebatan á su madre y á su hijo. Ve que los ultrajan, los hieren, los matan. ¿Os explíais ya por qué ese hombre muere impotente y loco los barrotes de su prisión?... Ahora bien: yo, yo he sufrido las torturas de ese hombre, y jamás lo olvidaré.»

VI.

Consummatum est.

«Dos cosas mandó el Eterno Padre á su Hijo: que predicase á los hombres y que padeciese por ellos. De la primera dijo por San Juan, rematando un largo sermón que hizo á los suyos después de la última Cena, despidiéndose para el otro mundo: *He consumado la obra que me mandaste hacer; manifesté tu nombre á los hombres*. Y hablando ahora del cáliz de su Pasión, que fué el segundo precepto de su Padre, dice antes de rendirle el alma: *Consumado es*. Ya está perfecta esta obra, y consumada mi Pasión, sin que reste cosa por hacer ó padecer.»

Hasta aquí son palabras del mentado sapientísimo Cardenal.

¡Dichosos los que en el lecho de su muerte pueden decir con verdad, como nuestro divino Redentor: *Consumada está la obra que me mandaste hacer, Dios mío*.

¿Quién no conoce, ó por lo menos no ha oído hablar del P. Damían, heroico apóstol

de los leprosos en el siglo XIX allá en la remotísima isla de Molokai en el archipiélago de Sandwich? Oid como nos cuenta sus últimos momentos el piadoso P. Wendelin, testigo de la apacible muerte del mártir de la caridad:

Después de haberle administrado el Sacramento de la Extremaunción, me dijo:

—Gracias sin fin doy al Señor por la merced de haber prolongado los días de mi vida, hasta poder ser asistido en mi agonía por dos sacerdotes. Esto y el haber arribado ya á la leprosería las Hermanitas Franciscanas, es el verdadero *Nunc dimittis* de mi alma. Ya no soy necesario aquí. La obra de los leprosos ya tiene vida. Mi hora ha sonado ya.

—Padre, le dije, cuando os halléis en el cielo, no os olvidéis de vuestros leprosos que quedan huérfanos de padre.

—¡Oh, no me olvidaré! Si algún valimiento tengo delante del Señor, yo rogaré por todos ellos á Su Majestad.

—Padre, tened á bien el dejarme como legado vuestro manto. Así lo hizo Elías con su discípulo. Así heredaré tal vez la anchura y la grandeza de vuestro corazón.

—De nada te servirá, hijo. Está plagado de lepra.

—Pues dadme al menos vuestra santa bendición.

Y el santo me bendijo con las lágrimas en los ojos, y bendijo también á las animosas Hijas de San Francisco, cuya venida había apresurado el moribundo con sus oraciones... ¡Oh, qué pobreza la de aquel santo! Después de haber gastado en beneficio de los leprosos tantos miles, él no tenía ni ropas, ni en su jergón había sábanas. Pero de tal manera convenía que muriese para aliento de sus sucesores y para edificación de todo el mundo, tan buen pastor que dió la vida por sus ovejas como verdadero discípulo de Cristo crucificado.

VII.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Si á los hombres (dice á este propósito el P. La Palma), si á los hombres que se beben como agua la mentira y la maldad, honramos algunas veces haciendo de ellos confianza y diciéndoles: «En vuestras manos pongo mi vida ó mi honra ó mi hacienda.» ¿cuánta mayor razón es que honremos á Dios fiándonos de El y poniendo en sus manos nosotros mismos y todas nuestras cosas, pues como dice el Profeta, es santo en todas sus obras y verdadero y fiel en todas sus palabras? ¿Quién jamás se quiso valer de El que le faltase? ¿Quién se arri-mó á El que no le recibiese? ¿Quién se fió de El que cayó en vergüenza? O ¿quién esperó en El que le saliese en vano su esperanza, principalmente cuando todo lo que tenemos es suyo, y ninguna cosa ponemos en sus manos que primero no la hayamos recibido de ellas?

En cierta ocasión se acercó un desconocido al confesonario del piadosísimo, infatigable y animoso monseñor Segur.

—Vengo á advertiros, monseñor, dijo el desconocido, que en una reciente asamblea de las Logias se ha decretado vuestra muerte en castigo de lo que habéis escrito y publicado acerca de nuestra Sociedad.

El ciego monseñor Segur extendió las manos, estrechó cariñosamente al desgraciado entre sus brazos, y le dijo:

—He aquí lo que es vuestra Francmasonería, que se intitula *Sociedad de beneficencia*. Cuando se la acusa de revolucionaria, con los documentos en la mano, contesta con amenazas de muerte y con el

asesinato. Por este ejemplo podéis vos mismo juzgar lo que ella es.

—Posible es que así sea, respondió el francmasón desasiéndose de los brazos del Prelado, pero no tengo tiempo de discutir. Reconocido á S. I. por un beneficio que ha hecho á un deudo mío, vengo aquí tan sólo para avisaros el riesgo en que está vuestra vida en virtud del tal decreto de muerte.

—Pobre amigo mío, replicó dulcemente el ciego, ¿por qué no salís de esa maldita secta?

—No puedo, no puedo, dijo aquel hombre alejándose. Ya estais prevenido. Ignoro cuándo será ejecutado el decreto, pero será antes de la apertura del Concilio.

Y diciendo esto desapareció.

Monseñor Segur no dudó, ni por un momento, de la veracidad de este hombre, cuya emoción, acento y actividad revelaban verdaderamente sinceridad. Pero el piadoso Prelado hizo á Dios el sacrificio de su vida, y la puso, como Cristo, en las divinas manos del Señor, y así lo revela también la siguiente carta, que inmediatamente, después del secreto aviso, dictó el egregio propagandista á su secretario, para que este la hiciese llegar á su destino cuando se cumpliera el decreto de muerte de las Logias:

«A la Santidad de Pío IX.

«Beatísimo Padre: Habiendo sido avisado secretamente de que la secta de los francmasones ha decretado mi muerte, en castigo de la publicación del opúsculo que acerca dicha impía secta he escrito mediante la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, deseo antes de morir decir por última vez al Vicario de mi Señor y al que es Cabeza visible de su Iglesia, que siempre he vivido y persevero, hasta exhalar el último aliento, en obediencia plena, entera y total á la soberana autoridad de la Santa Sede, que no es otra sino la autoridad del mismo Dios.

«Suplico á Vuestra Santidad que no guarde de mí más recuerdo que el recuerdo de mi profunda devoción á esa Sede Apostólica. Por esta devoción precisamente ellos me quieren matar, según la profecía del Salvador: *Morte afficient ex vobis*. Pero grande honra y dicha grande es morir por Jesucristo.

«Ardientemente deseo, Beatísimo Padre, la prosperidad de la Santa Sede, el triunfo pronto y completo de la causa católica, el buen suceso del próximo Concilio. En cuanto á mí, encomiendo mi espíritu en las manos de la Virgen Inmaculada, Madre de misericordia, y en las manos de San Pedro, y también en las de mis amadísimos Patronos San Francisco de Asís y San Francisco de Sales.

«Luis Gastón de Segur,

«Prelado de la Casa de Vuestra Santidad.

«París, 4 de Agosto de 1869 (1).»

Epilogo.

«Es mucho de considerar el profundo silencio que tuvo nuestro Salvador en el discurso de su Pasión, entre tantas acusaciones y calumnias, sin defenderse ni volver por sí, ni tachar los testigos ni acusadores; de manera que el presidente gentil ante quien pasaba su causa, se maravilló de ello vehementemente... Siendo esto así, y que estuvo mudo delante de los hombres y sin hablar apenas una palabra en ocasiones muy forzadas, con todo eso, en tres horas que estuvo en la cruz habló siete veces para provecho y enseñanza nuestra. De

éstas, las tres habló con Dios, y las dos de ellas á voces y á gritos. De las cuatro veces que habló con los hombres, la primera vez fué con un gran pecador (que era el ladrón), para darle perdón é indulgencia; la segunda, con dos grandes justos, que fueron su Santísima Madre y el evangelista San Juan, para darles consuelo; y de las otras dos, la una fué con los circunstantes, significando la sed que tenía, que fué tanto como hablar en la Sinagoga, y mostróla la sed (con que salía de este mundo) de su remedio, y hacer la última experiencia del vinagre que aquella viña le había dado siempre á beber; la otra palabra fué con la Iglesia nueva y pueblo escogido, dándole la buena nueva de que ya estaba acabado y concluido el negocio de su rescate y salud. Las tres veces que habló con Dios las dispuso de manera que la una fuera la primera y la otra la postrera y la otra de enmedio, enseñándonos con esto el recurso que hemos de tener á Dios en todas ocasiones, y que esto ha de ser el principio, el medio y el fin de todos los negocios, aun en aquellos que tratamos con los hombres (1).»

CAMPAZAS.

EL AYUNO Y LA ABSTINENCIA

(FÁBULA)

Un pulido estudiante de porte señorial, de aire gallardo, con la huella del vicio en el semblante y hablar melifluido en andaluz bastardo, burlábase travieso de un fraile, porque dice no hay razones que expliquen cómo se halle tan obeso quien se entrega á tan duras privaciones. Pero el fraile, oportuno, contestó sin rodeos ni artificios: —Lo que quita salud no es el ayuno, pedante, ignorantón, sino los vicios. Es cierto, y lo acredita con patentes ejemplos hoy la ciencia, que á la par que el exceso debilita, robustece á los hombres la abstinencia.

(Ezequiel Solana.)

EL APÓSTATA RENÁN

Por su impía obra que tituló «Vida de Jesús», le dieron los judíos 4.000.000 de francos. En ella falsificó la historia, truncó los textos, y no solamente manchó con su baba las páginas del Evangelio, sino que ni siquiera respetó—¡desventurado!—á la Santísima Virgen.

Esto lo ejecutó persuadido de que Jesucristo no merecía tales vituperios; pues en su libro «L' Avenir de la science» dice en el último capítulo: «Yo he sido educado por la Iglesia, yo le debo todo lo que soy y no me olvidaré jamás de ella. La Iglesia me separó de la profanidad mundanal yo se lo agradezco... ¡Oh Dios de mi juventud: largo tiempo he diferido el volver á tí, y volver á tí á banderas desplegadas y con el valor que inspira la fuerza de la razón. Acaso vuelva á tí humilde y rendido como humilde mujer. ¡Ah! ¡cuán de buena gana golpearía mi pecho si oyese aquella tu voz amable que en otro tiempo me hacía saltar de gozo!... Adios, pues, oh Dios de mi juventud: tal vez seas el Dios de mi lecho de muerte.»

(1) P. La Palma. *Hist. de la Pasión*, capítulo XLIII.

CHARLA

—¡Contra!... ¡contra! ¡Vengo asustado con lo que acabo de leer de un cura y una señorita, en un periódico!

—He leído como tú la noticia que los periódicos liberales se apresuraron á publicar con esa delectación propia del malo al ver que no es solo en la maldad.

—Le digo á V. que el mundo está perdido, ya no hay de quién fiar, si casi es para perder la fe...

—Pues caso de que la pierdas por eso, entérate del infinito número de acciones buenas y santas de otro infinito número de religiosos y verás cómo vuelves á recobrarla á menos que tú seas de los que deseando ser malos, buscan alguna causa en que disculpar su reprobable conducta.

—Bueno... sí... pero ¿no le parece á usted que eso del cura es cosa grave?

—¿Quién lo duda?

—Y no debe ser mentira tampoco?

—Cabe en lo posible, no te lo niego, pero escucha: Que no todos los sacerdotes son honrados ya lo sabemos, ni hay para qué ocultar con ridículo y farisaico amaramiento la participación que algunos depravados ministros de Jesucristo tienen en ciertos crímenes horrendos. El Evangelio, dice á este propósito un distinguido colega, no oculta la traición de un Apóstol, ni siquiera la debilidad y cobardía del príncipe de todos ellos, sobre el cual se fundó la Iglesia Santa, ni la historia eclesiástica calla las perfidias de muchas personas religiosas, aunque hayan ocupado altas posiciones en la Iglesia y el Estado. ¿Por ventura hay alguien que ignore la parte principal que tomaron algunos individuos del clero en la rebeldía protestante primero y en la Revolución francesa después? En uno y otro hecho, que han engendrado los errores más monstruosos de la sociedad moderna ¿no figuraron en primer término muchos apóstatas y corrompidos clérigos y hasta algún Prelado?

¿Por qué, pues, nos ha de asombrar que de vez en cuando aparezcan en el banquillo de los acusados algunos sacerdotes ya se llamen Merino, Galeote, Rosselot, &, &? Precisamente en esas grandes manchas que embadurnan la historia personal de la Iglesia, estriba uno de los argumentos más poderosos en favor de la divinidad de su origen y de la certeza de nuestra fe en la persona de Jesucristo de que el infierno no prevalecerá contra la roca inmortal. Si en el clero, amigo Arturo, no hubiese más que virtuosos y santos, podría creerse que su vida dependía únicamente de la virtud de los hombres, no de la gracia y omnipotente voluntad de Dios. Viviendo al través de los siglos, entre tormentas levantadas por sus adversarios y traiciones y maldades de sus propios miembros, la Iglesia demuestra con sólo su existencia que es la obra de Cristo y que Cristo es Hijo de Dios vivo y Dios como su Padre.

Por lo demás, á pesar de estas vergonzosas excepciones que á ti tanto te alarman, nunca el clero católico ha dado mayores pruebas de fidelidad y pureza en la doctrina y de regularidad de costumbres que en el tiempo presente.

—Eso es verdad, sí, señor, conocí yo un cura en mi pueblo más bueno que el pan y más caritativo... como que muchas veces se acostaba él sin cenar por darlo á los demás.

—No hay clase social en el mundo que cuente en su seno con hombres mejores, más abnegados y más heroicos. Esos monstruos que alguna vez infaman la sotana, son ligerísimas nubes que no logran obs-

(1) Marqués de Segur. *Souvenirs et récit d'un frère*.

curecer ni entibiar los esplendorosos rayos del sol de la Iglesia á pesar de cuanto en ello trabajan los impíos.

Ahora bien, para no cansarte más, todos esos que de estas faltas de algunos sacerdotes sacan aplicaciones tan peregrinas, los que parecen lamentar tanto las faltas del prójimo ¿aman el bien con todo su corazón? ¿quieren de veras ser buenos?

¿Sí? Pues que no se fijen de ese modo en los malos ejemplos de algunos desgraciados, que se fijen, como te decía antes, en los muchos, muchísimos ejemplos buenos que existen y que los imiten.

Todos tenemos una regla de conducta; los Mandamientos de la Ley de Dios, para saber cómo hemos de portarnos en este mundo á fin de merecer la gloria eterna; aquel que no la cumpla no le valdrá después decir que fué porque los demás no la cumplían, ¡por algo Dios nos dotó de la razón, para regular la libertad de nuestros actos!

Pensemos mejor, discurramos como es debido, obremos como cristianos y compadezcamos la desgracia de aquellos que en momentos de ceguera olvidan sus deberes, el fin para que fueron creados.

—Tal me parecía V. un *pedricador* de la Iglesia, pero ¡recontra! acaba V. de decirme muchas verdades y gordas.

—Tenlas siempre muy presentes y que te aprovechen es lo que deseo.

—Veré de acordarme de ellas para en la primer ocasión que se presente *espetárselas* á mis compañeros de trabajo.

—Te advierto que no siempre son ciertos los hechos malos que se atribuyen á los religiosos. La calumnia anda mucho en estas cosas.

—Ya se, ya se que hay periódicos que no les da más calumniar.

—Guárdate de ellos como de una vivora.

ESCÁNDALO... CLERICAL

Leemos en «La Croix»:

El «Zeit» periódico rotativo de Viena, publicaba la semana última este telegrama:

«Un superior de los Jesuitas preso.—Nos telegrafian de Czernoviz: El padre Slovenski, prior del convento de los Jesuitas de Kazzyka, ha sido preso por falsificación de escrituras públicas y encerrado en la cárcel de Suzawa. El suceso produce enorme sensación.»

Y la «Reichpost» hace constar: 1.º, que los Jesuitas no tienen priores; 2.º, que no hay ningún padre Slovensky Jesuita; 3.º, que no hay convento de Jesuitas en Kazzyka.

Todo es, pues, una invención como de costumbre; pero... calumnia que algo queda.

A LA HORA DE LA MUERTE

Se cuenta de un famoso luterano que preguntado sobre cual era la mejor Religión en la hora de la muerte; respondió, que la católica.

Muchos se han convertido en la hora de la muerte; pero no sabemos de ningún católico que en aquel momento se haya arrepentido de serlo.

Cada día presenciamos este hecho y cada día la Divina Providencia nos repite ejemplos prácticos que valen más que todas las apologías humanas.

Es verdad que, no pocos, mueren tranquilos en los mismos errores que tuvieron durante su vida.

De estos decía el Cardenal Mannig: «mientras Dios quiere que un hombre siga viviendo le inspira ese temor y horror que naturalmente sentimos á la muerte, para que la sirvan de antídoto contra los ataques de los enemigos del alma; pero cuando Dios dispone que una criatura muera, como ese temor ya no tiene razón de ser, permite que desaparezca en los últimos instantes de la vida.»

Entonces es cuando se cumple aquella terrible sentencia de la Sagrada Escritura: «morireis en vuestro pecado.»

CONSECUENCIA SECTARIA

Estando el truhán de Voltaire hablando con otros «puntos» en contra de la Religión, notaron estos que el filósofo guardaba silencio cada vez que entraba su criada.

—¿Por qué se calla? le preguntaron.

—Pues para que no oiga mi criada que no creo en la Religión.

—¿Y para qué?

—Pues para que no deje de creer en ella.

—No lo entendemos. Así tendríais un prosélito más.

—¡Demonio! exclamó Voltaire.—¿Y de qué me serviría que mi criada no creyera? ¿De que el día de mañana me robase.

LAVEMOS EL ALMA

Pero, Padre, si me parece la cosa tan difícil...

—Sí, muy difícil es cumplir con Dios y con la Iglesia. ¡Como que se trata de confesar y comulgar «á lo menos» una vez al año! ¡Cuidado que es exigente nuestra Religión! El mundo te exige que todas las semanas, y aún todos los días, y aún varias veces al día, te asees y te laves; te exige que vayas y que vengas, y que entres y que salgas, y andes muchas veces al retortero hecho á ratos un maniquí, á ratos un tonto y á ratos un...; te exige que seas en tu vestir y comer una víctima de sus ridículas modas, y tú lo llevas todo eso, no sólo con paciencia, sino con alegría; pero te manda Dios que asees tu alma y tu corazón, que te laves en las aguas de la penitencia á lo «menos una vez» al año, y nada, que eso te parece difícil, y tan difícil, que muchísimos preferís andar con el alma hecha una lástima, á limpiaros y poneros en gracia de Dios por medio de los Sacramentos.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

Para satisfacer de una vez la natural curiosidad de algunos de nuestros amigos y protectores que nos preguntan qué tirada hace EL AMIGO DEL POBRE y cómo se reparte, les diremos que la última tirada fué ya de 3.000 ejemplares repartiéndose 1.000 de estos á la salida de los obreros de las fábricas, el resto va á los presos de la cárcel, Cocina Económica, Conferencias de San Vicente Paúl, Hospital de Caridad y el Provincial de Valencia, que nos los solicitaron por carta, Sres. Curas Párrocos de San Pedro, San José y San Lorenzo, barrio del Natahoyo y el Llano, escuelas nocturnas de adultos, Asociación Gijonesa de Caridad, establecimientos fabriles y otros sitios según las circunstancias, además de los números que se sirven á los señores suscriptores de Gijón y provincias.

Nuevamente volvemos á repetir las gracias y un Dios se lo pague, á los muchos favorecedores de EL AMIGO DEL POBRE y

vean con satisfacción á qué gran obra de propaganda católico-social estan contribuyendo.

De desear es que las suscripciones aumenten para que podamos extender aún más nuestro campo de acción.

EL LAICISMO EN LOS HOSPITALES COLONIALES.—Hablando un oficial francés del ejército colonial á un amigo, de las consecuencias de la expulsión de las Hermanas de los hospitales, le decía:

«El calor sofocante que allí se siente produce un aplanamiento, una laxitud tales, que se dejaría uno morir sin tratar de cuidarse lo más mínimo, y sin embargo, aquellas buenas Religiosas nos hablaban con tal dulzura que hacíamos cuanto ellas querían.

—«Vamos, hijo mío—decía una hermana á un enfermo joven,—acuértese que tiene una madre que no le olvida, y que sentiría muchísimo verle tan abatido.

»Animo, pues, y tome esta medicina que le curará y podrá volver á su país y abrazar á su madre.

»Y el enfermo se sentía confortado y tomaba la medicina.

»Hoy son negros los enfermeros, y al llevar los medicamentos los dejan sobre la cama, sin cuidarse de ver si los enfermos los toman.

»Cuando las Hermanas se marcharon, todos los hombres, todos sin distinción de ideas, de religión ni de partido, sintieron su marcha, y muchos derramaron abundantes lágrimas.»

“EL AMIGO DEL POBRE”

Siendo el fin principal de nuestra publicación dar al obrero lectura sana á la vez que recreativa, instruyéndole de paso en sus deberes de católico y de ciudadano, al celo de las buenas almas por el bien de las clases populares nos encomendamos suplicándoles su ayuda, moral y material.

Precios de suscripción

200 números al mes ó sean 100	cada quincena, que el suscriptor puede repartir por su cuenta.	7 pts. al mes.
100 núms. (50 por quincena)	.. 4 » al »	
50 » (25 » » »)	.. 2 » al »	
24 » (12 » » »)	.. 1 » al »	
10 » (5 » » »)	.. 0'50 al »	

Agradeceríamos mucho á nuestros favorecedores efectuasen los pagos por adelantado.

Proponiéndonos repartir esta publicación por cárceles, tabernas y otros sitios públicos, advertimos á los señores que se suscriban que si no quieren recibir más que un número dejando los demás que les correspondan para que los distribuyamos nosotros, serán religiosamente cumplidos sus deseos, para lo cual contamos con activos corresponsales.

La correspondencia al Director, calle de S. Francisco de Paula.

Los encargos y suscripciones de la localidad en el comercio «La Época», San Bernardo, 23.

Impreso en el Colegio y Talleres de S. José para Niños Huérfanos.—Gijón